



DISCURSO TREINTA Y UNO

DE LA ETERNA PREDESTINACIÓN

Ego vitam aeternam do eis.
Yo les doy la vida eterna.

(JOAN., x, 28.)

EXORDIO

*Por es abrupto
de encontrados
afectos,*

Y ¿cuándo cesaréis de atormentarme, pensamientos míos funestísimos, con tantas angustias, con tantas olas de temores y perplejidades que levantáis en mi pobre alma respecto de mi eterna predestinación? Mi corazón anda agitado, como frágil navecilla en noche tenebrosa, si descarga de repente una brava y furiosa tempestad; no sabe qué movimiento ú oleaje ha de seguir como favorable, ni cuál ha de contrastar como enemigo; ya le embiste una ola que, levantándola en alto, parecele que va á subirla á las estrellas; ya le combate otra que, precipitándola hacia el profundo, parecele que la va á sepultar en los abismos. Con este horroroso vaivén, ahora me acomete una oleada de pensamientos que, levantándome á sublimes esperanzas, me dicen que soy del número de los predestinados; ahora un golpe de imaginaciones lúgubres que, derribándome en un abismo de espantos y terrores, me aseguran que estoy escrito en el catálogo de los réprobos.

1.º De incertidumbre horrible de la predestinación.

por contraposición y semejanza de la nave,

combatida de varias olas.

Pero sositégate, pobre corazón mío; espíritu mío, tan recientemente combatido, tranquilízate, que veo un puerto donde guarecerme; y por mucho que miremos, por mucho que registremos alrededor, no creo que podamos dar con otro puerto más seguro en noche de tinieblas tan espesas, en un golfo tan erizado de escollos.

2.º De calma súbita, por apostrofe.

y símil del puerto:

per refutación y
subjeción

de las causas de
temer

y no temer.

Propos. general,
nervio del discus-
so.

s.^o Afectos de
aliento y confian-
za por condupli-
cación

y alegoría.

Propos. parti-
cular

y consecuencia
importante.

Andad, pues; andad enhorabuena y no volváis joh teólogos! á confundir mi mente con el tropel de vuestras importunas dificultades. ¿Qué podéis oponerme? ¿que ignoro si la elección de los mortales á la gloria es consiguiente ó antecedente á la visión de nuestros merecimientos? Es cierto, lo ignoro. ¿Que no comprendo cómo los decretos de Dios, con ser inmutables, no imponen fuerza ó necesidad? Verdad es, no lo comprendo. ¿Que no alcanzo cómo la ciencia divina no quita, con ser infalible, la contingencia de las cosas? Así es cierto, no lo alcanzo. Mas esto ¿qué prueba? Que mi vista es débil, mi entendimiento corto, el cual se halla atajado en la consideración de misterios menos abstrusos y recónditos, en la misma contemplación de las causas naturales. *Et quae in prospectu sunt invenimus cum labore*, dice el libro de la Sabiduría¹: Lo mismo que tenemos á la vista, con trabajo lo entendemos. Pero nadie en el mundo me persuadirá que me condenaré, si yo no quiero condenarme. ¿Qué terreno más firme donde asentar el pie? ¿qué puerto más seguro puede darse? Aquí, aquí os convido á descansar, joh vosotros que andáis vagueando en la inmensidad de este océano, sin rumbo, sin timón, sin remos, sin mástiles ni velas! Si aquí no aferráis el áncora, estad seguros que os perderéis muy pronto, ó estrellándoos con los gentiles en algún oculto escollo de infidelidad, ó encallando con los ignorantes en las arenosas sirtes del error.

Mas á fin de que veáis que no sin fundamento os prometo aquí cierta quietud, prestad á mis palabras más solemne y solicita atención, mientras con el favor divino voy á demostraros que **Dios de su parte está dispuesto á salvar á todos y á cada uno de los hombres: *Ego vitam aeternam do eis***. Yo les doy la vida eterna, y, por tanto, que es desverguenzia y temeridad grande la de aquellos que, no contentos con ofender á un Dios tan bueno, **osan atribuirle á él la culpa de su propia perdición**, queriendo antes acusar á nuestro Señor de injusto, que no á sí mismos de impíos y desalmados.

¹ Sap., ix, 16.

PRIMERA PARTE

II

Y, en primer lugar, bastarían, para confirmación de esta verdad importantísima, las protestaciones tantas y tan manifiestas que de ella ha hecho Dios en sus mismas Escrituras, donde apenas se repite cosa con mayor ahinco y claridad que ésta, es á saber: que si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos: *Perditio tua, Israel*¹: Israel, de ti tu perdición. Por donde, si esto fuese mentira, vendría Dios á ser lo que no se puede sin blasfemia imaginar: el más mentiroso del mundo, supuesto que no sólo nos engañaría en cosa de tanto peso, pero nos engañaría innumerables veces. Y ¿qué interés tuviera Dios en querer mentir, aun dado caso que pudiese? Asentó Platón que quien miente, sin duda miente por temor de una fuerza superior, como miente el reo por temor del juez, el estudiante por temor del maestro, el niño por miedo de la madre, el esclavo por miedo á su señor. Mas, quien no teme, no se empacha de decir la verdad limpia y rostro á rostro. De donde concluyó aquel insigne filósofo, que Dios no puede jamás mentir, cualquiera que no tiene superior que le pueda atemorizar.

Pues siendo esto así, ¿qué había de temer nuestro Señor si protestara libremente que él, sin miramiento á méritos ni deméritos, salva á éstos y condena á esos otros por su mero capricho, si ello sucediera de este modo? ¿Le dañaran, por ventura, nuestros fieros y ladridos? ¿Turbaran su bienaventuranza nuestras blasfemias? ¿Pondrían en peligro su cetro inmortal nuestras rebeliones? ¿Qué os va, Señor, en que todas las gentes y naciones, que Vos hicisteis, se pierdan?, le decía el sagrado escritor de la Sabiduría. No hay más Dios que Dios. Ni rey ni tirano de la tierra os pondrán demanda en vuestro acatamiento de las criaturas que reprobasteis. *Quis tibi imputabit, si perierint nationes, quas*

Arg. 1.^a A fe-
símonto.

2) Dios afirma
que de nosotros
pende nuestra
perdición;

pero Dios no
miente,

porque no tiene
superior á quien
temer,

por autoridad,

por enumeración
de daños imposi-
bles,

ilustrada por tes-
timonio divino

¹ Os., xiii, 19.

tu fecisti, Domine? Non est alius Deus quam tu. Neque rex, neque tyrannus in conspectu tuo inquirent de his, quos perdidisti ¹. Bien podremos alzarnos contra la infinita Majestad de nuestro Dios, que él no hará más caso de nuestros alborotos y levantamiento, que el sol de ciertos pueblos salvajes, los cuales, al despuntar el astro del día en su horizonte, le cargan de baldones y aun le arrojan flechas. Mas si, al contrario, en las divinas Escrituras protesta con tanta aseveración que por su parte desea la salvación de todos los hombres: *Deus vult omnes homines salvos fieri*; ² que no es voluntad del Padre celestial que perezca ni uno siquiera: *Non est voluntas apud Patrem, qui in caelis est, ut pereat unus; que no vino y tomó nuestra carne para condenar las almas: Non venit animas perdere; que no quiere la muerte de ningún pecador, sino lo que desea es su conversión y salvación eterna: Nolo mortem impij, sed ut convertatur et vivat; infaliblemente se concluye que ello es así y no de otra manera. Mas porque en materia de tanta monta no son para desechados los argumentos de razón, cuando ésta no precede como reina á la divina autoridad, sino que la sigue y acompaña como esclava, tened por bien que me valga de sus luces.*

III

Ya sabéis, mis amados hermanos, cómo siendo Dios el supremo Hacedor de todas las cosas, y, como dicen las escuelas, la causa primera, necesariamente se deduce que ha de concurrir á la acción de todas las causas subordinadas ó segundas, y aun más que todas ellas, como demuestra el Angélico Doctor. De suerte, que más parte tiene Dios en la producción, verbigracia, de las yerbas, que no la tierra misma; más en la respiración de los animales que no el aire; más en la formación de los frutos que no el árbol; y así discurre por todas las acciones y generaciones del universo. Y si este concurso y providencia se verifica y respaldando en orden á todos los efectos de las otras criaturas,

y símil de los salvajes y el sol.

§) Dios afirma que quiere salvar á todos los hombres,

por congeries bíblicas.

Luego

Transición al

Arg. 2.^o
A priori ó de la causa eficiente.

Dios es nuestro Padre. Luego no quiere condenarnos.

Antec. por concurrencia de otros efectos donde Dios concurre.

mucho más respecto al hombre, en cuya formación tiene Dios la mayor parte; no solamente por concurrir á ella como causa suprema, máxima y principal, mas aun porque de nuestros padres terrenales recibimos la porción más baja de nosotros, que es el cuerpo, pero la mejor, que es el alma, inmediatamente nos viene de Dios: por manera, que más propiamente somos hijos de Dios que no del padre y de la madre, porque de Dios sólo tenemos lo que tenemos como propio nuestro; á lo cual parece aludir nuestro divino Salvador cuando dijo: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos: *Patrem nolite vocare vobis super terram; unus est enim pater vester, qui in caelis est* ¹.

Pero ¿qué se sigue de esto? Siguese que, de su parte, Dios jamás quiere condenarnos. *Non lactatur in perditione vivorum* ². No se alegra, como dice el Sabio, con la perdición de los vivientes. Decídmelo ¡oh padres!, y vosotras ¡oh madres que me escucháis!, decídmelo: ¿queríais de vuestra libre voluntad ver á vuestros hijos abrasarse en los fuegos del infierno?—Por Dios, Padre, ¿qué decís?—¿Y ha de querer para vosotros tanto mal nuestro Señor, que es más padre vuestro que no vosotros de vuestros hijos? ¿Mayor cariño y más regalada voluntad tendría á su hijo el padre terrenal que le dió lo menos, que el Padre celestial que le comunicó lo más? Mirad, os ruego, aquella madre y observad lo que se afana y trasuda por el nacido de sus entrañas. Si trabaja, por su hijo trabaja; si habla, de su hijo habla; si duerme, con su hijo sueña y se regala; no sabe apartar de su hijo los ojos ni el corazón. Si sopla el cierzo, ¡ay, que mi hijo no tenga frío!; si cunde alguna contagiosa enfermedad, ¡ay, no se pegue á mi hijo!; y está tan lejos de quererle mal ó gozarse de su daño, que no repaña en dañarse á sí propia para acrecentar la ventura de su hijo.

Mas ¿qué digo? ¿No vemos á las mismas bestias cómo aman á sus pequeñuelos, con qué solicitud los crían, con cuánta paciencia los alimentan, con cuánta industria y cuidado les proveen? Mira la cigüeña, cuando en campo raso

á título de causa primera.

Aplicación al hombre, por razón del cuerpo y del alma.

Consecuencia

probadla ²) por argumentación á miseri.

de las madres:

apóstrofe,

dialogismo

y conduplicación

de entrañable amor.

§) por comparación de los animales y sus pequeñuelos:

¹ Sap., XII, 14.—² 1 Tim., II, 4.

¹ Matth., XXIII, 9.—² Sap., I, 13.

la cigüeña, no halla sombra para sus tiernos hijuelos, cómo extiende sus alas y los cobija en ellas, á fin de que, si el sol quiere lanzar sus rayos abrasadores, caigan sobre la madre. Mira el águila, cuando le fuerza la necesidad á trasladarse con sus aguiluchos á otra parte, cómo se lo pone á las espaldas, para que, si disparan algún tiro desde tierra, le hiera antes á ella. Pero ¿qué maravilla si las mismas producciones insensibles y obras de nuestras manos, como las pinturas, libros, estatuas, sólo por serlo, las amamos tanto? ¡Reparad el cariño, si así puede decirse, que aquella señora tiene á su brocado ó labor hermosísima, sólo porque es obra de sus manos! ¡Cómo se aira si ve polvo en sus relucientes hilos! ¡Ay de los niños si lo tocan! ¡ay de la doncella si lo mancha! Lo envuelve en blanco lino, lo pone en la cómoda, lo cierra con llave, y vela y cuida de él como de un rico tesoro. Y ¿de dónde nace tan extraña afición? Porque toda causa ama naturalmente sus efectos, ó digamos su propio parto, ya sea la causa racional, ya carezca de razón, ya sea viviente, ya sin vida ni sentido. ¿Y aún sospecharéis si Dios nuestro Señor, causa nobilísima, razón excelentísima, Padre sobre todos los padres de todos y cada uno de nosotros, querrá de su espontáneo movimiento vernos á ninguno de sus hijos arder por una eternidad en los hornos infernales, rechinar de dientes en los estanques de hielo, consumirse de pesar en las horribles cárceles del llanto? No puede ser, cristianos oyentes, no puede ser, que no se alegre el Señor en la perdición de sus criaturas: *Non lætatur in perditione vivorum*. Esto fuera suponer á Dios de peores entrañas que los mismos hombres, y aun que los brutos animales. Si con nuestras maldades y demasías le forzamos á tomar las partes de juez, tras de haber probado inútilmente las de padre, sentenciará, es cierto, nuestra condenación, como hicieron con tanta loa los Epaminondas y Torcuatos, los Hipomanes é Hipodamantes, implacables con sus hijos cuando éstos fueron reos de muerte; porque, siendo justo y la misma justicia, todo lo dispone justamente: *Cum sit justus, cuncta juste disponit*: mas de suyo, estamos ciertos, nos asegura con divinas palabras el Sabio, que no nos quiere tanto mal. Condenar, dice, al que no merece condenación ni castigo,

Y del cariño de hombre á sus obras y artefactos:

hipotiposis.

2) por razón natural.

Argumentación energética

confirmada por autor. d. d. c.

Refutación. Pero también castiga.

Resp. como juez y á pesar suyo:

pruébase por ejemplos;

tiénelo su Majestad por ajeno á su poder: *Ipsum autem, qui puniri non debet, condemnare, externum judiciali a virtute sua* ¹. por testimonios; No son éstas sus entrañas, no es éste su ingenio, no son éstos sus gozos y entretenimientos, y sin duda que antes quisiera ejercitar con nosotros el oficio de padre regalándonos, que no el de juez castigando nuestras culpas. ¿No veis, os diré, con las ternísimas razones de San Pedro Crisólogo, no veis cómo, arrebatado de amor hacia nosotros, extiende sus divinales miembros, dilata sus entrañas, muestra su costado, ofrece su seno, nos convida á su regazo, para declararnos con este suplicar tan cariñoso que es nuestro Padre? *Distendit membra, dilatat viscera, pectus porrigit, offert sinum, gremium pandit, ut patrem se tantæ obsecrationis demonstret affectu*. Pues ¿qué significan estas demostraciones tan extrañas, seguiré diciendo con el mismo santo, sino que Dios no tanto se precia de Señor cuanto de padre, y así ruega con su misericordia para no castigar con el rigor? *Deus non tam dominus esse vult, quam pater; rogat per misericordiam, ne vindicet per rigorem* ².

por imagen del Crisólogo.

Dios más se precia de Padre que de Señor.

IV

Y, en realidad de verdad, ¿cómo puede imaginarse que quiera nuestra perdición quien tanto trabaja á fin de labrar nuestra eterna bienaventuranza? ¿Qué prudencia sería emplear medios costosísimos, proporcionados á la consecución de un fin, y al propio tiempo tener voluntad eficazísima de conseguir el fin contrario? ¿Quién siembra la tierra, pero con el intento de que no dé fruto? ¿quién riega las flores á fin de que no crezcan? ¿quién atiza el fuego para que no arda? ¿quién enseña al discípulo con intención de que no aprenda? ¿quién da de espuelas al caballo, mas con objeto de que no corra? Delirios son éstos y propósitos disparatados; porque, quien aplica un medio, deseo tiene y verdadera voluntad de conseguir el fin al cual los medios se encaminan. Por donde, si Dios es prudentísimo, como lo es, y

Arg. 3.^a de los efectos y señales.

Por sílogismo oratorio.

Proposición mayor. Es imprudencia emplear medios para un fin,

y pretender otro contrario;

por símiles oportunos.

¹ Sap., XII, 15.—² Serm. CVIII.

la misma sabiduría y rectitud, no puede gastar tanto coste y medios tan penosos para salvar á todos los hombres, y querer fundadamente que alguno por tales medios no se salve. Imaginaos un cazador que corre jadeando tras una fiera: ya sigue el rastro por breñas y derrumbaderos, ya va en su seguimiento por el llano, ya la busca por cuevas y escondrijos; que por acá tiende lazos, por allá suelta los perros; unas veces grita para aturdira, otras calla para asegurarla, otras acecha y le clava los ojos para herirla; y se empapa en sudor y no repara en ello, se lastima y ensangrienta con los abrojos y malezas y no hace caso; ¿podrá á nadie venir en pensamiento que no codicia la tal pieza este cazador? Ningún juicio de hombre dirá que se fatiga tanto, no para cogerla, mas á fin de no cogerla. Si esto no quería, no había por qué moverse de su casa; bien se estaba sobre las blandas plumas, bien podía dormir su sueño sin madrugar al alba en el rigor del frío y sin extraviarse por descaminos y barrancos. Pues bien; Dios nuestro Señor, hermanos míos, para cogernos en su paraíso y bienaventuranza hace como los diestros cazadores, que si no pueden alcanzar la presa codiciada por un camino, la persiguen por mil otros. Dios, dice por hermosa manera San Crisóstomo, hace como los cazadores y monteros, que cuando persiguen á algunas fieras velocísimas, traviesas y de mal coger, no las acometen por sola una senda, sino por muchas y diversas, para que, si escaparen de una, vengan á caer en otra: *Id facit Deus quod venatores solent facere, qui quando fugacissima captique difficillima insectantur animalia, non una via, sed diversis, et per contraria plerumque aggrediuntur, ut si alterum effugerint, in alterum incidant*¹. Para cogernos á nosotros, que como fieras andábamos perdidos en el desierto de este mundo, se cansó Dios, se ensangrentó, se dejó despedazar todos sus miembros. ¿Y esto nada significa? ¿Y esto no prueba evidéntisimamente que nos ama y busca nuestra salvación? Si ella no le importara, bien se estaba en el cielo, no había por qué bajar á estos valles y despeñaderos de la tierra. ¿A qué fin abrazar tantos linajes de padecimiento,

¹ In Matth. Hom. 38.

de hambre y sed, de fríos y calores, de pobreza y desnudez, de viajes y caminos, de espinas y de azotes, de clavos y de cruz? ¿No podía ahorrarse Dios de tantos trabajos y dolores?

Ni me diga nadie que padeció única y limitadamente por los que habían de salvarse, no por los que se habían de perder; porque sería una blasfemia horrible afirmar hoy tal desatino, blasfemia condenada en estos últimos tiempos en el Vaticano por impía, por sacrilega, por herética, por gravemente injuriosa á la divina bondad. *Mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus*, oid el testimonio clarísimo del Apóstol: *dedit redemptionem semetipsum pro omnibus*¹: Jesucristo, Dios y Hombre, medianero entre Dios y los hombres, se entregó á la muerte en rescate y redención de todo el linaje humano, justos y pecadores, predestinados y réprobos; que por esto en las divinas Escrituras es llamado tantas veces sol y sol de justicia, para alumbrar y justificar á todo el mundo. *Sol justitiae*, así lo interpreta entre otros doctores el bienaventurado San Ambrosio: *Sol justitiae omnibus ortus est, omnibus venit, omnibus passus est, omnibus resurrexit*²: El Sol de justicia para todos nació, para todos vino á este mundo, para todos padeció y para todos resucitó. Y así, para todos los que no quieran ir, tiene él cerrados los infiernos, porque para todos mereció del Padre celestial auxilios muy bastantes para poderse eficazmente salvar, conforme lo da á entender el glorioso San Juan por aquellas palabras: *De plenitudine ejus omnes accepimus*³: De su plenitud todos los hombres participamos.

V

No puede menos de ser así, que se nos derramen los tales auxilios de la gracia con gran copia y fidelidad; no sólo porque no puede negar el Padre eterno lo que su Hijo humanado nos mereció con el sobreabundantísimo precio de su sangre preciosa; pero porque á no proveyernos Dios á cada

¹ 1 Tim., II, 5-6.—² In Ps. 118, serm. 8.—³ Joan., I, 16.

por interrogación vehementemente.

Refutación. Esos sólo para los escogidos.

Resp. Negándolo, por concilios.

Escritura.

SS. Padres.

Conclusión por conaplicaciones.

testimonio.

Arg. 4.^o
de sus y ab in-
perio.

Transición perfecta.

1.ª parte. Dios provee de medios á todas las criaturas: uno de nosotros de ayudas muy suficientes para salvarnos, seguiríase, como notó Santo Tomás, que todas las criaturas, hasta las más bajas é insensibles, están mejor ordenadas y encaminadas á su fin, que no el hombre al suyo. Ro-dead los ojos por toda la redondez del universo, y no veréis ninguna criatura, por vilísima que sea, que no esté proveída de nuestro Señor con medios oportunos á la consecución del fin que se propuso.

por inducción de los cielos

y planetas,

de la tierra,

de los animales,

en orden á su de-fensa,

mantenimiento

y conservación.

El fin que de presente tienen los cielos es voltear con perpetuo movimiento para repartir sus influencias; y conforme á este fin, ya que en sí mismos carecen del alma informadora, como la que menea nuestro cuerpo, les dió otras fuerzas maravillosas, y una inteligencia superior que asistiese y gobernase sus caminos. La luna y los planetas deben templar los horrores de la noche; mas como de suyo no tienen resplandor, impuso al xepresmo mandamiento de proveerles con su lumbrere perennal. La tierra ha de acudir con sus frutos á la necesidad y codicia del labrador; mas no tiene de su cosecha el jugo y frescor que se requiere, y así ordenó á las aguas que perpetuamente la fecundizasen con las lluvias y los ríos. A los animales brutos fáltales artificio con que tejer el vestido necesario para abrigarse, ó fabricar armas con que defenderse de sus enemigos; y así maravillaos cómo la divina Providencia acude con todo esto luego que nacen. Contra las inclemencias del tiempo, cubre á unos de cuero, á otros de plumas, á otros de escamas; contra los enemigos los arma, á unos de garras, á otros de picos, á otros de púas ó aguijones. Las ostras marinas, las conchas y moluscos que viven agarrados y asidos á las peñas, no tienen pies con que procurarse el mantenimiento; y así, ¿qué hace Dios?: hace que la peña misma vaya brotando y destilándoles su manjar. Si la ballena, ese navío animado, vaguease sola por el mar, corría peligro de encallar en algún bajo; y así dió el Señor á un pececillo el instinto de guiarla. Si las codornices, flacas y pusilánimes, anduviesen solas por los aires, caerían á menudo en poder de las aves de rapiña; y así trazó la Providencia que otras aves amigas las defendiesen y encaminasen. Y á este tenor id discurrendo por todo lo criado, y no hallaréis cosa tan

vil que, si por su propia virtud no puede alcanzar su fin, no esté ayudada y fortalecida con socorros de fuera.

Decídmere, pues, ahora, ¿queréis que Dios mire más por los animales y criaturas esclavas del hombre, que por el hombre, señor de las criaturas y animales? Y ello sería así, á no suceder como yo digo. Porque el fin del hombre es la bienaventuranza sobrenatural, adonde por las fuerzas de su naturaleza jamás puede arribar. Forzoso es afirmar, de consiguiente, que Dios nuestro Señor le provee infaliblemente de otros medios, y medios reales y poderosos, medios suficientes y valederos, con que llegar á fin tan levantado.

Añadid más, que nos obliga con mandamiento apretadísimo y so gravísimas penas, que alcancemos ese fin: *Apprehende*, nos dice por San Pablo, *apprehende vitam aeternam*¹, que es como si dijera: Aunque te parece que huye de ti la vida eterna, esfuérzate, ve tras ella, corre en su alcance y cógela. Preciso es, por lo tanto, que suministre asimismo las fuerzas con que satisfacer á esta obligación. De otra suerte, ¿no sería Dios el más fiero tirano que se puede imaginar? ¿Qué concepto formaríais de Dios si nos mandase volar y no nos diese alas; hablar y no nos diese lengua; ver y no nos proveyese de ojos? Pues entendid, católicos, que muchísimo más imposible nos es alcanzar por nuestras fuerzas la eterna felicidad y sobrenatural bienaventuranza, que no ver sin ojos, hablar sin lengua y volar sin alas. ¿Y presumiréis de Dios que no acude á nuestra impotencia con ayudas proporcionadas y suficientes? Si entre los hombres se tiene por injusto quien exige de sus súbditos lo que es sobre sus fuerzas, ¿con qué conciencia sentiréis eso de Dios? Exclamaré con Enodio: *Si inter homines a recto discordat affectu, qui a subjectis exigit, quod in potestate non tribuit, hoc de Deo qua conscientia sentiatur?*² Si tal linaje de tiranía no se concibe en hombres, ¿cómo la supondremos en Dios? Cuando Saúl quiso que David saliese al encuentro del Filisteo, ¿no le ofreció sus propias armas? Cuando quiso Eliseo que Giezi resucitase al hijo de la viuda, ¿no le dió su báculo? Cuando quiso Moisés que Aarón poblase de mos-

Luego mucho mejor proveerá al hombre

de auxilios oportunos á su fin:

pero éste es sobrenatural. Luego.

2.ª parte. Dios nos manda alcanzar la vida eterna:

Luego da los medios.

Consecuencia x) por absurdos consiguientes.

p) por comparación á fortiori de los hombres;

y) por ejemplos a pari.

¹ 1 Tim., vi, 12. — ² Apud Turrian. lib. IV.

Conclusión evidente.

quitos la región de Egipto, ¿no le prestó su prodigiosa vara? Y ¿cómo no hará lo mismo nuestro Señor, que no sólo quiere, pero estrechamente manda que alcance el hombre y conquiste la vida eterna? *Apprehende vitam aeternam*. Aquellos auxilios, por tanto, que necesariamente se requieren para la consecución de tan levantado fin, llamados como queráis, definidos como os parezca, que á mí nada me importa á mi propósito, jamás se niegan á ninguno por desalmado que sea, porque ó ya los tiene, ó, si no los tiene, en su mano está tenerlos al instante, como enseña el sacrosanto y universal concilio de Trento¹, conforme al celebrado axioma del Padre San Agustín: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet, aut facere quod possis, aut petere quod non possis*. Dios no manda, dice, cosas imposibles, sino que al imponerte el mandamiento te amonesta, ó que hagas lo que puedes, ó que pidas gracia para hacer lo que no puedes. Por manera, que todo justo puede, si quiere, conservar la gracia, y todo pecador puede, si quiere, recobrarla, y así entrambos pueden salvarse, si ellos quieren. Concluimos, pues, para volver á nuestro primer intento, que nadie puede achacar á Dios la perdición de nadie: *Vere Deus non condemnabit frustra*²: verdaderamente Dios no condenará de balde; antes con verdadera voluntad, con voluntad real, llana, sincerísima y de su parte activa y obradora, quiere la salvación de todo el mundo: *Deus vult homines salvos fieri*³.

apoyada por concilios,

Santos Padres y Escritura.

Conclusión del argum.

Luego Dios nos da auxilios bastantes.

Arg. 5.^o
REFUTACIÓN:

Dios no nos da tanta gracia como á otros.

Paso, Padre, por ventura me replicaréis, que ahora nos toca hablar á nosotros. Si todos los hombres tienen auxilios muy bastantes para salvarse con efecto, ¿no es verdad, con todo eso, que unos tienen más y otros tienen menos? Pues bien; he aquí por qué nosotros vamos tropezando y acertamos apenas con el camino de la gloria. No hay por qué huir el cuerpo á la dificultad; menester es que nos respondáis á este punto. Si Dios derramase sobre nuestras almas

¹ Sess. 6, c. 10. — ² Job, xxxiv, 12. — ³ 1 Tim., II, 4.

tantas gracias y mercedes como á éste y á aquél, mejores, sin duda, y más santos que nosotros, también seríamos santos, también llegaríamos á la cumbre de la perfección. Pero su divina Majestad encoge con nosotros la mano, mientras que á favor de otros la extiende con largueza; por donde no será maravilla si nos condenamos (no lo permita Dios), puesto que á nosotros nos da solamente cuanto basta para salvarnos, y á otros más y tanto más.

¡Oh hombre!, me haréis exclamar abrasado de coraje santo; ¡oh hombre!, tú ¿quién eres que pones demanda á Dios? Gritaré, si no calláis, con el Apóstol de las gentes: *O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?*¹ ¿Quién sois vosotros para escudriñar y aun reprender las obras de su altísima sabiduría? Si os da muy cumplida y puntualmente cuanto debe daros, ¿de qué os quejáis? ¿por qué murmuraréis? ¿Cómo osáis poner mácula en su adorable providencia? ¿Qué esperaréis de vuestros atrevimientos? ¿Que con esto echaréis á Dios la culpa de vuestra perdición? Vana porfía, error intolerable. ¿No puede favorecer á uno sin agraviar á otro? ¡Oh!, es donaire, ó, por mejor decir, blasfemia, que sólo Dios no pueda en este mundo hacer particulares mercedes á un amigo, con tal que á los demás no falte en lo de obligación. No obra Dios, ni de mucho, injustamente, dice San Próspero, si en la misma congregación de los fieles no se reparten las gracias en el mismo grado y cantidad: *Nulla iniquitate agitur, si quidem in ipsis quoque fidelium populis, non omnibus eadem neque paria conferantur*². ¿No os he probado que nuestro Señor os provee sufficientísimamente de los socorros necesarios? Pues idos en paz y callad vuestra boca.

Mas ¿qué digo? ¿Con qué cara osáis vosotros llamar escaso á Dios con vuestras personas, estando, como estáis, en esta ciudad, en este templo, en esta era de luz y bendición? ¿Qué dirán, pues, aquellos infortunados bárbaros á quienes ha cabido la malhadada suerte de nacer en playas desiertas ó en islas incultas y abandonadas, donde la fe, arredrada por las tempestades, por los monstruos ó por las

Luego no es extraño que nos condenemos.

Resp. 2) Por grave indignación.

Dios lo que basta, según lo de mostrado:

Luego injustamente os quejáis.

2) Por comparación con los incultos y salvajes:

¹ Rom., ix, 20. — ² De vocat. gent., c. 31.

imagen, distancias fabulosas, no ha arbolado aún su victoriosa bandera? Y, sin embargo, ello es cierto, ni aun éstos, si se condenan, podrán abrir la boca en su disculpa: *Iterum autem nec his debet ignosci*. Y ¿por qué razón? No por otra, sino porque de la grandeza y primor de las criaturas podían subir como por escalones al conocimiento del Criador, y así servirle, conforme á la escasa lumbre que en sus mentes resplandeció: *A magnitudine speciei et creaturae cognoscibiliter poterit Creator horum videri* ¹. Pues ¿qué diréis vosotros?

antitesis entre los gentiles
y los católicos que escuchan;
por congeries de medios salvádicos,

en los hombres,

en los ángeles,

en Dios nuestro Señor,

¿Os quejáis todavía de falta de socorros espirituales, nacidos vosotros en el corazón del catolicismo, en una ciudad tan piadosa, en siglos de tanta doctrina y erudición, y muchos de familias tan ilustres? ¿Y cuánto conocimiento de sí os ha dado nuestro Señor por tantos oráculos y divinas escrituras? ¿cuánto con tantas declaraciones de concilios? ¿No habéis pasado la mayor parte de vosotros la edad más peligrosa bajo el amparo y tutela de padres celosísimos de vuestro bien, de maestros singularmente cuidadosos de vuestro aprovechamiento? Crecidos luego, y más adultos, ¿cuántas ventajas y comodidades os ha ofrecido para la práctica de la virtud en tantos confesores y padres espirituales que dirigiesen acertadamente vuestras conciencias; en tantos predicadores fervorosos que encendiesen y avivasen vuestra frialdad; en tanta riqueza de libros piadosos, con que fomentar vuestra devoción; en tanta muchedumbre de religiosos y sacerdotes, codiciosos y hambrientos de emplearse en servicio de vuestra alma! ¿Os faltan, por ventura, ni tribunales de penitencia, si queréis descargaros del peso de vuestros pecados; ni solitarios claustros, si deseáis aliviar vuestro corazón del bullicio y tráfago del mundo? ¿Y qué hacen de continuo esos ángeles de la guarda que tenéis á vuestro lado, sino incitaros con sus toques y secretos llamamientos, ora á detestar aquel vicio, ora á ejercitar aquella obra de virtud, ya á vencer aquella tentación, ya á imitar aquel buen ejemplo? Dios mismo, con sus ilustraciones é interiores impulsos, ¿cuánto trabaja para facilitaros la salvación! ¿Deja, por decirlo así, piedra por mover? Ya

¹ Sap., xiii, 5.

os atrae con sus invitaciones halagüeñas, ya os espanta con sus amenazas; unas veces os solicita y confunde con reprensiones amorosas, otras os lisonjea con la prosperidad, otras os aviva y espolea con el azote de la tribulación. Llámamos por todas partes á la enmienda, así dice el glorioso San Agustín; llámamos por todas partes á penitencia; llámamos con los beneficios de sus criaturas, llámamos con la sagrada lección, llámamos con la predicación, llámamos con la íntima y espiritual ilustración; llámamos con el azote de la corrección, llámamos con las misericordias y regalos de la consolación: *Vocat unáque ad correptionem, vocat unáque ad poenitentiam, vocat beneficiis creaturae, vocat per lectorem, vocat per intimam cogitationem, vocat per flagellum correptionis, vocat per misericordiam consolationis* ¹. ¿Y aún os quejaréis de Dios? Demos que socorra á algunos con mayores auxilios que á vosotros, por manera que parezca como que los quiere llevar al cielo á pesar y despecho de su rebelde corazón, como hizo con Saulo, á quien declaró su Majestad que en vano porfiaba en dar coces contra el acicate: *Durum est tibi contra stimulum calcitrare* ²; pero ¿hay razón para que vosotros os quejéis de que no os reparta de sus dones, no sólo cuanto basta, sino muy colmada y sobreabundantemente?

por repetición

y autoridad eclesiástica de San Agustín.

Conclusión de la 1.^a parte.

de la 2.^a parte.

VII

Pero quiero, si me permitís, pasar más adelante, y tentar por otra vía una respuesta muy sólida y general entre los doctores, que cierre la boca al más osado. Pregúntoos, pues: ¿de dónde os consta que tenéis menos gracias y sobrenaturales auxilios para bien obrar, que otros que os llevan ventaja y son más santos, ó si vosotros los tenéis iguales ó por ventura mayores? ¿Cómo os consta? ¿Acaso, porque os sentís peores, concluís de aquí que no os provee Dios de tantas gracias, ni os favorece con tantas ayudas y socorros? Niégoos absolutamente la descaminada consecuencia que, siempre y cuando uno decae y obra menos bien, se

Arg. 6.^o
Resp. 7.^o por negación.

De menos virtud no se collige menor gracia.

Sino por correspondencia.

¹ In Ps. 102.—² Act., ix, 5.

Luego.

signa infaliblemente que tuvo menor gracia; y siempre y cuando uno tiene mayor gracia, se siga con infalible rigor que hace más obras virtuosas. No, católicos; pueden dos prevenidos de igual gracia ejecutar acciones tan diversas, que unas sean de grande merecimiento y otras de ninguno; lo cual no es culpa de la gracia, que es la misma, sino de la cooperación, que es muy diversa. Si no me creéis esta verdad, oidla de labios del angélico doctor Santo Tomás, del cual se empeñan algunos en deducir á todo trance la doctrina opuesta. Estas son sus palabras: *Licet baptizati aliqui interdum aequalem gratiam percipiant, non aequaliter illa utuntur, sed unus studiosius in illa proficit, alius per negligentiam gratiae Dei deest* ¹. Que es decir en romance, que aun cuando algunos cristianos reciben por ventura igual caudal de gracia, mas no se colige que se aprovechen de ella por igual, sino que unos sacarán de ella gran bien y adelantamiento, y otros, por ventura, ninguno.

Por subjeción y similitud de Santos Padres.

el sol y la cera,

la lluvia y los cardos.

el dicho de gustino

Y no veis que un mismo sol derrite la cera y endurece el barro? Así, dice San Jerónimo, con una misma gracia, un corazón se regala y emblandece, y otro se endurece y resiste. Léese esta sentencia en la doctísima carta que escribió el santo á Hedibia ². ¿No veis que con una misma lluvia en un campo brotan flores, y en otro cardos y matarrules? Así, dice Orígenes, con una misma gracia un alma fructifica, y otras se cubren de vicios y malezas. Trae esta semejanza en el tan conocido libro que él intitula Periarcon ³. Y el bienaventurado San Agustín, ¡con cuánta claridad enseña lo mismo, á pesar y despecho de los modernos corruptores de su doctrina! Afirma el santo en el libro duodécimo de la Ciudad de Dios ⁴, que puede haber dos hombres igualmente dispuestos en natural ingenio y condición, y prevenidos con igual socorro de gracia, que miren el rostro mismo de una mujer, y que, sin embargo, se inflame uno en complacimientos deshonestos, y mantenga el otro su corazón limpio, no más que por usar diversamente y á su gusto del albedrío de su voluntad. La misma doctrina con-

¹ 3 p., q. 69, art. 8 ad 2.^{um} Ep. 95.

² Lib. III, cap. 3.—⁴ Cap. 6.

firma San Gregorio Niceno en la oración de los catecúmenos; la misma San Juan Crisóstomo, sobre la epístola á los romanos ¹; la misma San Cirilo, acerca del evangelio de San Juan; la misma San Próspero, en su celebrada obra de la Vocación de los gentiles ²; y, para acabar, la misma trae San Buenaventura en el cuarto de las Sentencias, donde dice estas formales palabras: *Ex aequali gratia aliquando magis fervens elicitur motus, aliquando minus, secundum cooperationem liberi arbitrii* ³. Con igual gracia se hace unas veces un acto más fervoroso, y otras menos fervoroso, según la cooperación del libre albedrío.

Pues ¿de dónde osáis afirmar que no recibís de Dios tanta copia de divinos dones para bien obrar, como reciben éstos y aquéllos? ¿Quién os lo dijo? ¿qué indicios tenéis? ¿qué razón ni fundamento? Decid más bien que la gracia que se os da no surte efecto, que sale vana, infructuosa, desaprovechada y baldía, y diréis mucha verdad. Pero la culpa ¿de quién es? ¿No es por ventura de vosotros, que en vez de ganar con ella el ardor que requería de Timoteo el Apóstol, cuando dijo: *Noli negligere gratiam, quae data est tibi* ⁴: no descuidéis la gracia recibida; la malográis lastimosamente, como los marineros flojos ó inadvertidos que van en zaga y lejos de las otras naves, no por que no gocen del mismo viento, sino porque lo desaprovechan cuando sopla? Acabad, pues, de quejaros de nuestro Señor, y no achacéis á mengua de su benéfica liberalidad lo que es defecto de vuestro libre albedrío; siendo muy cierto que no sólo quiere salvaros, y en razón de ello os prodiga socorros copiosísimos, no ya simplemente bastantes á la consecución de vuestro fin; pero aún puede que os prevenga su misericordia con mayores ayudas celestiales que á otros más espirituales y santos que vosotros. Y si os ofrece los auxilios que en su sabiduría prevé que habéis de rechazar, esto mismo es culpa vuestra, que dejaréis de corresponder á sus llamamientos: *Ipsi fuerunt rebelles lumini* ⁵, dice Job de los pecadores perversos. Ellos fueron rebeldes á la luz, no que Dios no

y testimonios con dichos.

San Buenaventura.

Consecuencia

ilustrada por comunicación.

antitesis

y semejanza del viento y las naves.

Consec. verdadera:

luego aun puede que recibáis más gracia que los más santos.

Instancia 1.^a Danme la gracia que he de rechazar.

¹ Cap. 30, hom. 16.—² Lib. XI.—³ Dist. 16, p. 2, a. 3, q. 1.

⁴ 1 Tim., xiv, 4.—⁵ Job, xxiv, 13.

les derramase vivísimos resplandores para conocer la verdad, sino que ellos cerraron los ojos para no verla. Y en otra parte: *Dicebant Deo: recede a nobis* ¹; Decían á Dios: apártate de nosotros; y en otra: *Quasi de industria recesserunt ab eo, et omnes vias ejus intelligere noluerunt* ²: De propósito se desviaron de él, y no quisieron conocer sus mandamientos.

Resp. Por culpa vuestra será bendición.

por autoridades

Conque acostumbraos á echar la culpa del malogramiento de la gracia y de todo vuestro mal á vuestra mala correspondencia: *Perditio tua, Israel*. Tuya es, Israel, tu perdición. Decid dentro de vosotros mismos, pero de lo íntimo de vuestras almas: *Ego sum qui peccavi, ego inique egi, ego qui inique gessi* ³. Yo soy quien pequé, yo quien hice mal, yo quien obré desalmadamente. Confesad con Je remías que os entregasteis como esclavos al egipcio y al asirio, vuestro mortal enemigo, por el precio vil de un sucio deleite, por una verdadera nadería: *Aegyptio dedimus manus et Assyriis, ut saturaremur pane* ⁴. Decid que os rendís y blandéis cobardemente; decid que caéis, es cierto, mas ¿por qué?; porque sí, porque vosotros queréis caer, de vuestra voluntad caéis. No puede alegarse otra razón; nosotros mismos nos seducimos y enlazamos: *Ipsi nos seducimus*, que dice San Juan. ¿No sabéis lo que puede todo el infierno junto? Pues no recabará cosa de vosotros, si libre y espontáneamente no se lo dais. Os pueden los demonios provocar, instigar, importunar; mas haceros violencia no pueden. Dijeron á mi alma los enemigos, notad bien este lugar de Isaías, precioso á nuestro intento; dijeron á mi alma los enemigos: encórvate y pasaremos: *Dixerunt animae meae: Incurvare, ut transeamus* ⁵.

y afectos de perdón.

Instancia 2.^a Los demonios nos arrastran.

Resp. Nada pueden si no queremos.

por prosopeya,

¿Oisteis? No se atreven á derribaros y poner os el pie encima; que os encorvéis quieren, que os echéis en tierra. Encórvate, encórvate y pasaremos. Y así, cuantas veces prevalecen los demonios y os huelan, y os acecan y maltratan, ¿sabéis qué fué? Que os derribasteis vilmente á sus hediondas plantas, y, rindiéndooos á sus órdenes, pusisteis como tierra vuestros cuerpos, y como camino trillado á los

¹ Job, XXI, 14. — ² Job, XXXIV, 27. — ³ 2 Reg., XXIV, 21.

⁴ Thr., v, 6. — ⁵ Is., LI, 23.

transeuntes. *Dixerunt animae meae: Incurvare, ut transeamus. Et posuisti, ut terram, corpus tuum, et quasi viam transcutibus*. Ea, cristianos, tened fuerte y entero vuestro libre albedrío y no temáis; sin duda os salvaréis, sí, os salvaréis. El infernal Holofernes no podrá nunca llegar á la hermosa Judit, que es vuestra alma, si ella se mantiene firme: sólo podrá instigar que consienta libremente: *Ut sponte consentiat* ¹. Mas dejadle ladrar, nada importan sus ladridos; huid cuanto sea posible de las ocasiones de pecar; valeos de los copiosos medios que os da Dios para vuestra salvación; confesaos á menudo, comulgad con frecuencia, encomendados continuamente al Señor que os asista con su gracia, y yo os prometo que os salvaréis como cualquiera otro.

exhortación

y comparación bíblica de Holofernes y Judit.

Medios prácticos.

VIII

Arg. 7.^o
La verdadera dificultad.

Pero ¿sabéis la verdadera dificultad? Os lo diré llanamente. Todo el punto de este negocio consiste en que quierais gozar de los regalos y contentamientos de la tierra más de lo que conviene á vuestra profesión, y luego después meteros en el cielo. Querriais vivir á vuestras anchuras, dar rienda suelta á vuestros sensuales apetitos, cumplir todos vuestros querereros, satisfacer todas vuestras concupiscencias y pasiones, y más tarde encontraros allá en la gloria, sin ninguna costa de vuestra parte, si no es que esperáis todavía que se os entre el cielo por vuestras puertas, por que no os incomodéis ni toméis trabajo. Mas esto es imposible. Una sola vez se lee en las sagradas Escrituras, por gran merced, que vino el cielo al encuentro de un mortal; éste fué San Juan Evangelista. Vi, dice, la santa ciudad de Jerusalén que bajaba de lo alto: *Vidi civitatem sanctam Jerusalem novam, descendantem de caelo* ². Mas, aun esa vez, ¿dónde se apareció? ¿adónde vino? *Supra montem magnum et altum*, notadlo bien; sobre la cima de un monte, y monte grande y encumbrado. ¿No podía descender esta santa ciudad á una llanura, y excusar al anciano apóstol

Querriais salvaros sin costa ni trabajos.

Resp. Es imposible:

² por imagen bíblica ilustrada;

Jerusalén sobre un alto monte.

¹ Judith, XII, 10. — ² Apoc., XXI, 2.

la fatiga de subir á una montaña? No, hermanos míos; el cielo no se da á los remisos y cobardes; éste es el misterio: el cielo no es para los holgazanes y perezosos.

¶ Porque el cielo es guardado y no simple herencia: Menester es desterrar del corazón tan necio engaño, si por ventura alguno se forjó tal ilusión. Dios quiere darnos su gloria, mas como premio, tenedlo bien entendido, como salario y recompensa, y así quiere que demos nuestros pasos para llegar allí. No nos crió Dios para manifestación de su ira, es mucha verdad: *Non posuit nos Deus in iram*: pues

por razón y testimonio.

¿para qué nos crió? ¿Para salvarnos? ¿para llevarnos á la gloria? No, responde el Apóstol, sino para que la granjésemos y conquistásemos con nuestra fiel correspondencia: *In acquisitionem salutis*¹. Quiere Dios que no tengamos en este mundo ni ocasión de vivir regalados y ociosos, ni de

7) Por alta provi- dencia:

ser soberbios ni presumidos. ¿Y qué dispuso? Pues trazó las cosas de manera que la ejecución y cumplimiento de nuestra salud eterna fuese obra, ni todo nuestra ni todo suya. No todo nuestra, para que nos conservásemos humildes, ni todo suya, para que no seamos flojos y descuidados. No quiso Dios, así lo notó San Juan Crisóstomo, que emperezásemos, y así ordenó no hacer solo él todo el negocio, ni quiso que nos envaneeciésemos, y así no lo dejó todo en nuestras manos: *Neque nos supinos esse vult Deus; propterea non ipse totum operatur; neque vult esse superbos, et ideo totum nobis non cessit*². Pero nosotros quisiéramos que Dios

obra de Dios y obra del hombre:

lo hiciese todo, sin poner nada de nuestra parte. No, hermanos, no; á él toca llamarnos, á nosotros responder; á él pertenece convidarnos á su gloria, á nosotros ir allá: *Vocabis me, et ego respondebo tibi*³. Él sin duda nos solicitará, nos aguijara, nos dará su mano: *Operi manuum tuarum porriges dexteram*⁴, á fin de que lleguemos á la cumbre, aunque altísima, del bendito monte, hasta encontrar la hermosa ciudad de la celestial Jerusalén; mas guardémonos de resistir y volver atrás á los primeros pasos. Porque de otra manera, si no alcanzamos la salvación, conste que nuestra será la culpa, no de Dios: *Perditio tua Israel*.

peroración sencilla.

¹ Thess., v, 9.—² Hom. 6o ad pop.

³ Job, xiv, 15.—⁴ Ibid.

PARTE SEGUNDA

IX

Difficultad más práctica.

Otra excusa pudiera quedar en pie á favor de los impíos y pecadores; conviene á saber, cuando exigiese Dios para salvarlos grandes trabajos y obras muy arduas y dificultosas; porque entonces parece que podrían achacarle á él la culpa de sus males, si por desgracia viniesen á perderse en vez de lograr la vida eterna. Mas ¿cuándo exige de los pecadores, para salvarlos, lo que ellos se padecen para condenarse? Oíd lo que el profeta Jeremías lamentaba, viendo el afanar de los malos en sus vicios: *Ut inique agerent, laboraverunt*¹. Trabajaron para seguir la maldad. ¿Creéis que á muchos de ellos no les cuestan caros sus pecados? Verdaderamente sudan y trasudan los infelices; ni se puede con palabras explicar cuán apereados andan en sus caminos, cuánto afanan, cuánto padecen para cumplir con el mundo y sus desordenados apetitos: *Ut inique agerent, laboraverunt*.

Dios nos pide cosas muy arduas.

Luego no es extraño que nos condenemos.

Resp. Retorcendo el arg. Mas sufris por el infierno.

Y, á la verdad, decidme, amadísimos hermanos: la ley cristiana es dificultosa de guardar, ¿no es cierto?—¡Oh, Padre, sí es dificultosa!—Pero ¿en qué cosas ó mandamientos?: respondedme. ¿Por ventura en mandar que sojuzguemos y mortifiquemos la carne por que no se rebelé contra el espíritu? Pero ¿cuánto más no la mortificáis y hacéis sufrir por llevar adelante un negocio, por ventura injusto! ¿No la traéis arrastrada por soles y lluvias, por vientos y temporales? ¿Acaso en ordenar que tengamos la rienda á la antojadiza voluntad, por que no contradiga á la razón? Pero ¿á cuántas servidumbres no la sujetáis cada día, cuando va en ello algún interés ó acrecentamiento, aun menos cristiano? Y si tanto padece el alma, os diré con San Agustín, para obtener lo que ha de acarrear su perdición, ¿cuánto más no es justo que sufra para lograr su salvación? *Ei si de los sacrificios del cristiano por Dios,*

comparación ascendente

¹ Jer., ix, 5.

ferre ne pereat.¹ Mas por ventura ¿son arduos los divinos mandamientos al exigir que, á fin de salvar el alma, no estimemos cosa alguna de este mundo; no riquezas, no patria, no deudos ni parientes, no salud, ni, lo que es más, la misma vida, ¡cuántas veces no la exponéis por una bagatela, por un puntillo de honra! ¿Un vano título, una ligera contradicción, una precedencia ó mayoría de nada, ¿no se deciden al punto con el acero? Piérdase la hacienda, piérdase la familia, piérdase la sangre, piérdase el cuerpo, piérdase el alma, la venganza se ha de cumplir. Y aun cuando reconocéis vuestra inferioridad en fuerzas, y en apoyo y valimiento, sois los primeros en provocar al adversario, en salirle al encuentro, en darle el asalto, y con locos desafíos parece que os empeñáis en meteros por el filo de su espada. ¿Y cuándo se os ofrece ocasión de hacer otro tanto por Dios y vuestra alma? ¿Os pide acaso más para daros el cielo que lo que hacéis para ganar el infierno? ¡Oh ceguedad! ¡oh frenesí!, exclamaré con el elocuente Salviano. ¡Con cuánto afán, oh los más tristes y desventurados de los hombres, hacéis cosas por donde vengáis á ser miserabilísimos por toda una eternidad! ¡Con menos sudores, con menos congojas pudierais hacer obras por donde merecer ser eternamente felices! *Quanto studio, infelicissimi hominum, id efficitis, ut miserrimi in aeternitate sitis! Quanta minore cura, minore ambitu id vobis praestare potuistis, ut semper beati esse possentis!*²

con los del mundo por el mundo.

repetición é incremento.

Conclusión apoyada por testimonio de Salviano.

y dilema eficazísimo.

Ampliación de los afanes de los pecadores.

Decid lo que se os ofrezca, es forzoso responder. Si no tenéis fuerzas bastantes para sobrellevar los trabajos con que compráis el infierno, fácilmente podréis persuadirme que no las tenéis para sufrir las fatigas con que hay que conquistar el reino de los cielos. Mas si las tenéis y muy recias para la maldad, ¿cómo os excusaréis de no tenerlas para la virtud? ¡Oh y cuánto habría que decir de los afanes y sinsabores de los malos, pues es cierto que, no sólo sudan y trabajan para ir al infierno, pero se matan y desprecian, como ellos mismos desde allí, mal que les pese,

¹ De patientia, in tom. 4.—² 1 Lib. 3 ad Ecll.

lo reconocen y lamentan por aquellas palabras: *Lassati sumus in via iniquitatis, lassati sumus in via perditionis, ambulavimus vias difficiles!*¹ Reventando fuimos por el camino de la maldad; jadeando y atraillados por las vías de perdición, caminamos por caminos escabrosos. Y nada dije de los trabajos de la milicia, del horror de las batallas, de las inquietudes de los pleitos, de las ansias de los ambiciosos, de los cuidados de la avaricia; de las enfermedades de la glotonería y carnalidad; de las penas, de las congojas, de los tormentos y vaivenes de sola una pasión desenfrenada, por ejemplo la del amor: nada dije de las lágrimas que hacen llorar, de las humillaciones que se sienten, de los celos que se sufren, de los desdenes que se pasan, de los peligros que se atraviesan, del sueño que se pierde, de las riquezas que se malbaratan, de la honra que no se mira; de las dolencias, las más asquerosas, que por ella se contraen. ¿Y no se hallan cada día nuevos Ammones que por una Tamar se enflaquecen, *attenuantur facie*², y se marchitan y se consumen y se matan? Si, pues, hicierais por Dios una partecita de lo mucho que padecéis ¡oh jóvenes! por una vilísima criatura, que hoy es y mañana será gusanos y podredumbre; si lo hicierais, digo, permitidme que os hable con libertad, por amor de Dios y vuestra eterna salvación, ¿no es verdad que seriais presto, no sólo salvos, pero santos?

por autoridad

de los y prosopopeya.

por preterición, etopeya

y afectos de dolor

INSTANCIA Y PERORACIÓN A FIN.

X

—¡Oh Padre, me respondéis, harto se conoce que no sois experimentado en estas cosas! Éstos que habéis referido son trabajos y amarguras, pero trabajos suaves y amarguras dulces y sabrosas; son proporcionados á la naturaleza, son conformes á la inclinación é ímpetu del sentido; no como los que hay que arrostrar para la guarda perfecta de los mandamientos evangélicos. Éstos son amargos, son por todos lados ásperos y desabridos.—Verdaderamente os confieso, oyentes míos, que no imaginaba ser tanta la diversidad; pero os agradezco la observación, porque me valdré

Pero padecer por el mundo es cosa dulce.

Resp. por dilatación.

de ella para reforzar más mi raciocinio. Porque ¿de dónde puede nacer la raíz de esta diferencia? ¿Acaso porque los trabajos, considerados materialmente y en sí mismos, sean diferentes? No cabe esta respuesta en la suposición que ahora hacemos de padecer por Dios la misma hambre, las mismas contrariedades que se padecen por el mundo. Toda la diversidad ha de consistir, por consiguiente, en que en un caso lo padecéis por una criatura, y en otro lo padeceríais por nuestro Señor. Y sufrido por otro os es gustoso, os es deleitable, os es dulce amargura el padecer; mas, en sufriendolo por Dios, ya no es dulce: todo es amargura y hiel.

¿No es éste vuestro descargo? Pues basta ya de razonamientos; han vencido el pleito los pecadores. Si no se salvan, á mano está la réplica, á punto la disculpa. ¿A qué cansarnos más en amontonar discursos y en alegar razones y apretar los argumentos? En vano seguiríamos adelante; con una palabra pueden deshacerlos todos. ¿Qué más? Vengan los ángeles, desciendan los santos, escuchen los demonios, oiga el cielo, oiga la tierra y todos sus moradores: *Audite haec, omnes gentes, auribus percipite, omnes qui habitatis orbem* ¹. ¿Pues entendido que si los cristianos no se salvan, si los cristianos se condenan, tienen un descargo en el tribunal de Dios: son excusables. ¿Cómo? ¿qué alegan? ¿que Dios no quiere admitirlos en el cielo? No: que á fuer de Padre suyo, y más Padre que todos los de la tierra, quiere recibirlos, y está dispuesto á ello con verdadera voluntad. ¿Que no tienen ayudas suficientes para llegar allí? No, porque á nadie se imponen cargas ni prescriben obligaciones sobre sus fuerzas. ¿Que al menos los auxilios no son copiosos y abundantes? No, porque les ha cabido en suerte nacer y vivir donde es grande la riqueza de celestiales bendiciones. ¿Que no reciben por lo menos tantas como muchos que se salvan? No, porque no siempre es ley indefectible que mayores gracias recibió quien más obras virtuosas ejercitó. ¿Que no están hechos á sufrir las molestias y trabajos, que para salvarse se requieren? Tampoco esto, porque bien los sufren mayores por un interés, por un puntillo de honra, por una

Solución 1.ª. Luego no son los trabajos en sí.

Solución 2.ª. Luego es el sufrirlo por Dios.

Tránsito á la peroración

por concesión ó ironía.

por apóstrofe ó obstecación.

Epilogo artificioso

ó subjección.

incremento

¹ Ps. XL, 2.

ambicioncilla, por un antojo y hasta por una criatura vil, llegando á términos que, según lo lamenta Jeremías, sirven gustosísimos á dioses extraños, los cuales no les dejan reposar de día ni de noche: *Serviumi diis alienis, qui non dant eis requiem die ac nocte* ¹. Pues ¿qué dicen? ¿Por qué, si no se salvan, son dignos de excusa? Veislo aquí; porque estos y trabajos deberían padecer por Dios; torno á decirlo: porque estos trabajos deberían padecer por Dios; no hay más disculpa: deberían padecer por Dios nuestro Señor. Cristianos, ¿qué decís? ¿os satisface este descargo? ¿queréis que os valga, que os defienda, que os patrocine? Ea, pues, presentádselo á Cristo y decidle animosamente, pero de suerte que todos lo oigamos: Si por otro cualquiera hubiéramos de padecer lo que debemos padecer por Vos, no nos fuera tan duro; antes bien seríamos agradable, placentero, conforme á nuestro gusto é inclinación; en una palabra, trabajo suave y amargura dulce. Pero padecer por Vos es intolerable; padecer por Vos, es todo hiel, todo fastidio, sin ningún contrapeso de dulzura ó consolación. — ¡Oh desvergüenza! ¿Cómo os atrevéis á hablar en estos términos delante de Jesucristo, que, si bien encubierto, oye vuestra sinrazón? ¿Ésta es la reverencia, éste es el agradecimiento que debéis á aquella sangre derramada, á aquellos miembros despedazados por vuestro amor? ¡Decir que no es cosa dulce padecer por Dios! ¡Ah, bien se conoce que no lo habéis probado! Y así, si os parece valedera esta disculpa, seguid viviendo á vuestro gusto, que yo no tengo cara para deshacerla. Mas si conocéis que es falsa y la peor de las alegadas hasta aquí, ¿en cuál estribaréis en adelante? ¿adónde os volveréis? ¿qué responderéis? ¿no quedará vuestro entendimiento convencido que el mejor acuerdo y más oportuna resolución que nosotros, pecadores, podemos tomar en lo porvenir, es sin duda comenzar desde este punto á reformar seriamente nuestras vidas, á fin de escapar así de la espantosa condenación á los infiernos, donde, si caemos, no podremos quejarnos más que de nosotros? Tuya es, Israel, tu perdición: *Perditio tua, Israel* ².

coadjuvación

Comunicación

y licencia amar-guísima.

Exbertación de vergüenza profunda.

de agradecimiento cordial.

de saludable temor.

¹ Jer., xvi, 13; —² Os., xiii, 9.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y UNO

Si el ser uno ciceroniano no consiste tanto en usar de las palabras y frases que usó Cicerón, cuanto en imitarlo en la gravedad de las palabras y disposición y orden de lo que se escribe para enseñar, deleitar y persuadir al que lo leyere¹, bien granjeado se tiene nuestro autor el nombre que le dió su siglo de **Cicerón cristiano**. Porque (no temo aplicar á SENECA la sentencia de Rivadeneira sobre San Jerónimo): «¿Qué orador hay entre los griegos y latinos que enseñe con más claridad, que deleite con mayor suavidad, que mueva con mayor eficacia? ¿Quién hay que alabe con tanta sinceridad, y reprenda con tanta vehemencia, y exhorte con tanto espíritu y fervor? ¿que así levante ó abata lo que quiere levantar y abatir? ¿Qué doctor de la Iglesia hay que trate las cosas altas con tanta majestad, las llanas con tanta erudición, las escabrosas con tanta elocuencia, las obscuras con tanta luz? ¿que así se sirva de todas las ciencias divinas y humanas para explicar y poner delante de nuestros ojos los misterios de nuestra santísima religión? Esto es ser sumo orador; esto es ser ciceroniano é imitar á Cicerón en lo que él fué excelentísimo y perfectísimo orador.

He aquí la doctrina española acerca de la imitación, en la cual fué tan eminente nuestro SENECA, y de un modo singular en este discurso, donde parece querer allegarse más al plan y estilo de las Filípicas, como Cicerón imita en ellas la traza y espíritu de Demóstenes, cuando éste vibra el rayo de su elocuencia en la frente del terrible macedón. Todos tres defienden la causa de la libertad: Demóstenes contra Filipo, Marco Tulio contra Antonio, SENECA contra el gran liberticida del género humano, Lucifer. Todos tres tratan de los futuros destinos del pueblo que los escucha: Demóstenes y Cicerón, de la que podríamos llamar predestinación social y temporal de las naciones; SE-

¹ Rivad., Vida de San Jerónimo.

NERI, de la predestinación eterna de las almas. El fin de los tres oradores es levantar el espíritu de sus oyentes, allanando lo dificultoso y encendiéndolos á la pelea. Válense los tres de argumentos populares, de forma sencilla, de estilo vibrante, de lenguaje transparente; el más artificioso es Cicerón en las Filípicas, que pronuncia en el Senado; el más robusto y consecuente, Demóstenes; el más patético y levantado, SENECA, aunque adolece de cierta afectación y redundancia, que lo asemeja más al príncipe de la elocuencia romana que no al de la griega.

Cuatro partes tiene esta oración: exordio, confirmación, refutación y peroración, distintas entre sí. Buscar el por qué de la maravillosa eficacia de cada una de ellas, es el objeto de estas Observaciones críticas.

Artificio del exordio. Deléitase nuestro orador en los exordios exabruptos, y quizás usa de ellos con demasia. Repugnan generalmente á la misma naturaleza, en la cual vemos que nada se derrama de una vez, ni crece ó descrece de golpe, sino que todo en ella, y más las grandes y poderosas fuerzas que obran en el universo, tienen sus comienzos suaves y casi imperceptibles. *Neque est dubium, quin exordium dicendi vehemens et pugna non saepe esse debeat*, asienta Cicerón¹; y trae para ello la semejanza del gladiador, que antes de venir á las manos hace diversos movimientos, más para ostentación de su gallardía y atraer las miradas, que para herir y sacar luego sangre. *Nihil est denique in natura rerum omnium, quod se universum profundat, et quod lotum repente evoleat. Sic omnia quae fiunt quaeque aguntur acerrime, lentioribus principis natura ipsa praetexuit*. Si bien es cierto que en la elocuencia del púlpito pueden usarse más que en la del foro y del parlamento, por razón de la materia y mejor disposición del auditorio: los sermones de los otros días, los ejercicios devotos que preceden al acto del predicar, la música religiosa, el aparato del templo, la presencia y compostura del orador, la enunciación del texto sagrado, todo es á manera de exordio que dispone los ánimos al júbilo ó á la tristeza, á la confianza ó al temor, según el intento del que perora, en conformidad con los fines de la Iglesia en aquel día.

¡Cuán diestramente prepara los ánimos! En pocos renglones impresiona y señorea las potencias y sentidos todos de los que le escuchan. Los ojos con su aspecto asombrado y sus ademanes de miedo y turbación; los oídos con las inflexiones de una voz medrosa y entrecortada, y luego tran-

¹ De Orat., lib. II, cap. 78.

quila y comunicativa; la **imaginación** con las variedades de símiles y figuras; la **inteligencia** con las doctrinas y sistemas acerca de la predestinación; y, sobre todo, el **corazón** con los afectos encontrados de incertidumbre horrible, de calma súbita, de aliento y confianza, con que pasa á la proposición: *Dios quiere salvarme-yo me salvaré, si por mí no queda.*

Artificio de la confirmación. Dos voluntades han de concurrir para la predestinación de un alma en los adultos: la de Dios y la del hombre. Si Dios no quiere, ¿qué puede el miserable hombre sino pecar y despeñarse? Si el hombre no quiere, ¿qué hará la gracia de Dios, que exige esencialmente la cooperación de nuestro libre albedrío? Mas cuando convergen estas dos voluntades, entonces se obra la predestinación. Pues éste es el raro artificio de nuestro gran predicador: **unir estas dos fuerzas**, moverlas y determinarlas en dirección al cielo. La primera, ó sea la voluntad divina, determínala cuanto sufre su naturaleza en la confirmación; la segunda, esto es, la voluntad humana, en la refutación, que comienza en el párrafo IV. Así trabadas, la impele hacia su fin en la peroración y alcanza la victoria.

Respecto de la **primera fuerza** ó el querer divino, no es menester determinarla; lo está desde que Dios es Dios. Lo que hace al caso es que los oyentes lo vean, lo sientan, se persuadan íntimamente de que el Señor los quiere salvar, y que, si ellos se condenan, por su culpa se condenarán. ¿Y cómo lo obtiene el orador, pues no puede penetrar en los juicios investigables de la divinidad? Con argumentos tan **sólidos**, tan **populares** y **patéticos**, que deja convencida la razón, sabrosa la voluntad y movida ya y casi determinada á trabajar juntamente con Dios en la obra humano-divina de nuestra predestinación. Estudia primero las **palabras** que ha hablado la verdad infalible de Dios, y halla que su voluntad es que se salven todos los hombres; investiga las relaciones de **causa** y efecto, de Criador y criatura, y se convence ser imposible que nos haya criado para echarnos en los infiernos; mira los **efectos** y señales de esta predestinación, cotejados con la eterna Sabiduría, y concluye que quiere salvarnos quien emplea tales medios para ello; contempla todas las criaturas del cielo y de la tierra tan bien providas de todo lo necesario á la consecución de su fin, y saca de esta **providencia** que mejor proveerá al hijo quien así provee á los esclavos; oye el **mandato** de Dios, que arrebatemos la vida eterna, y recoge evidentemente que nos arma, de medios para alcanzarla, sopena de ser un tirano, ¡horrible blasfemia!

Allende de esto, enseñanos en la **invención** á hurtar el

cuerpo á las cuestiones de escuela y á remontarnos al dogma; porque en la elocuencia no hay que atender menos á lo que debe callarse, que á lo que debe decirse. La forma general que emplea es el **silogismo** oratorio, con los términos graciosamente trocados é invertidos. Avisanos en la **disposición** á colocar las pruebas con interés creciente, el cual nace de la mayor ó menor **luz** que las rodea y de la **relación** más ó menos próxima que tiene con los que escuchan. Más luminoso y más de cerca toca á los oyentes el segundo argumento que el primero, más el tercero que el segundo, y el postrero de la providencia y del mandato más aún que los anteriores. En la **elocución** es de admirar la junta de raciocinios rigurosos con lo que llama Cicerón *lumina, flores et insignia orationis*, y que los griegos decían *σικιρα*, que propiamente significa *traje ó vestido*, porque visten, componen y atavian el pensamiento y la oración. Los que en ésta más lucen son los **símiles** que trae con el doble fin de explicar y deleitar, porque sabía el dicho de nuestro Fabio Quintiliano: *Qui libenter audiunt, et magis attendunt et facilius credunt.*

Artificio de la refutación. Veamos la **segunda fuerza**, ó sea la voluntad humana, que es la más dificultosa de mover, y á lo cual se endereza este discurso. Bien pudiera adoptar la forma expositiva, mas prefiere la de refutación ó dialogada, por ser aquí más oportuna. De **tres maneras** se usa del diálogo en la elocuencia: lo primero, cuando el orador habla consigo y él mismo se pregunta y responde, y se llama propiamente **monólogo**; tal es el exordio de este razonamiento. Lo segundo, cuando se introducen diversas personas hablando entre sí, como el padre y el hijo maldiciéndose en los infiernos. Lo tercero, cuando el orador pregunta en nombre de sus oyentes, ó viceversa, como en esta refutación, por toda ella. La fuerza y deleite de esta figura convéncese de lo que vemos á cada paso; que se está la gente horas y días enteros hablando entre sí de cosas frívolas ó de poquísimo agrado, sin cansancio ni fastidio, y á duras penas aguantan por espacio de una hora á quien les habla seguidamente y por sí de cosas utilísimas. De esta experiencia aprendieron Demóstenes y Cicerón el uso tan frecuente del diálogo, sobre todo cuando peroraban ante el vulgo, y después de largo raciocinio.

SEÑERI lo emplea con gran maestría. ¿Qué intenta en esta segunda parte? Mover y determinar la **voluntad del hombre** á cooperar con Dios en el negocio de la predestinación. ¿Cómo la moverá? Quitándole los obstáculos. ¿Cuáles son? Dos principalmente: **defecto** de gracia, ó **sobra** y **exceso** de trabajo. Porque es cierto que Dios pudiera sal-

var á todo el mundo, ó acrecentándoles el caudal de gracia, ó disminuyéndoles las tentaciones y atando más corto á nuestros enemigos. Luego el arte del orador ha de consistir en **acrecentar** las fuerzas de la gracia en la aprensión de los oyentes, y en **disminuir** el trabajo que cuesta el cooperar con ella, haciéndoselo llevadero y sabroso. Estúdiase en los párrafos VI, VII y VIII la destreza y valentía con que sale por la causa de Dios contra la malicia ó flojedad del hombre, que dice:

a) Dios me da menos gracia que á otros. Luego no es maravilla que me condene. Y pruébalo á su manera:

b) Hago obras menos virtuosas que otros. Luego tengo menos gracia y no tantos auxilios sobrenaturales como ellos. B insta diciendo:

c) Dame la gracia, que sabe Dios he de rechazar. Luego la gracia que me dan es **defectuosa**. — Razones insensatas que reduce á polvo la elocuencia de nuestro orador.

Y ¿cómo **disminuye** el trabajo del coadyuvar con Dios en esta obra? Lo primero considera este trabajo **en sí mismo**, y retorciendo el argumento contra los oyentes los confunde, mostrando que los mismos y aun mayores trabajos padecen por el mundo y por el demonio. Tras esto, pondera la **causa final** de estos padecimientos; y del contraste que resulta del padecer por Dios ó por la criatura saca un afecto veheméntísimo de **vergüenza** que rinde á los pecadores á confesar su frenesí y á reformar sus vidas, que era el blanco de toda la oración.

Lo que más admiro en ella es la viveza y variedad de **colorido**, tanto en los afectos que conmueven como en el estilo y lumbres oratorias. ¡Qué toques tan delicados! ¡Qué sombras tan bien distribuidas! Así lo desea Cicerón: *Sed habet lamen illa in dicendo admiratio ac summa laus umbram aliquam et recessum, quo magis id, quod erit illuminatum, extare atque eminere videatur*¹. Por el contrario, Anneo Séneca es reprendido porque apenas deja lugar para las sombras, tan necesarias en el estilo como en la pintura. Con la continuación de las sentencias ahoga las luces y estraga la locución, vicio que el mismo Séneca había notado en el declamador Oscio, que, llevado del ansia de decirlo todo muy pulida y figuradamente, al fin deja el conjunto desfigurado y feo. *Oscius non incommode dixit, sed sibi nocuit, quum nihil sine schemate dicere cupit, ita oratio ejus non figurata est, sed prava*.

¹ De Orat., lib. III, cap. 26.



DISCURSO TREINTA Y DOS

PODER DE LA GRACIA

Dixit autem ad illum: Remittuntur tibi peccata... vade in pace.

Dijole el Salvador: Tus pecados te son perdonados... vete en paz.

(Luc., vu, 48-50.)

EXORDIO

Ex-abstracto y a descriptis causis.

DICHOSA mil veces la penitente Magdalena, que halló haber ofendido á un Señor tan amoroso, que con un acto de humildad se aplaca, y á unas pocas lágrimas se rinde! ¡Imagináis, oyentes amadísimos, que si el ofendido fuera, no Cristo, sino el Fariseo, en cuya casa sucedió la escena de este día, la hubiera éste recibido como la recibió nuestro adorable Redentor? Bien podía la infeliz venir provista de perfumes y cargados de lágrimas los ojos; que si el Fariseo la viera comparecer en la sala, y á lo mejor del convite derribarse en tierra para asirse á sus pies, sin haber antes ni enviado recado ni pedido audiencia, sin duda se enojara pesadamente, y encolerizado contra ella y levantándose con orgullo de la mesa, por que no le tocase:—¿Qué haces aquí?, comenzara á gritar; ¿qué haces aquí, mujer malvada? ¿qué desvergüenza es ésta? ¿qué atrevimiento? ¿qué osadía y presunción? No es mi casa ningún burdel ó lupanar, donde se dé franca entrada á las personas de mal vivir. ¡Tú en mi casa! ¡tú en este salón! ¡tú en medio de estos ilustres convidados! ¡Lejos de aquí!, no quiero que apestes este ambiente con el vaho de tus impurezas. Algo más se necesita para disiparlo que esos perfumes y fragan-

En parte. Excita la atención por la persona del Fariseo.

Si durera con la pecadora.

por conjetura y

prosopopeya;

afectos de maravilla.

desprecio